

COMUNISMO Y RELIGION



LA DOCTRINA y la ACCION SOVIETICAS
ENJUICIADAS POR
SACERDOTES ESPAÑOLES

COMUNISMO

Y
RELIGION



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

AL PASO DE UNA MANIOBRA DE LOS SIN DIOS

TORCIDA y aviesa, plena de avisada y serpentina intención, ha sido y es una falaz propaganda, que, hábilmente dirigida desde Moscú, quería quitar importancia a la irreligiosidad del comunismo.

El comunismo ateo, en su esencia, dañador de las conciencias colectivamente, pues de la entraña del pueblo arrancó y pretende arrancar toda idea y sentimiento espirituales, es presentado en este folleto con una clara visión de la doctrina y de la realidad comunistas.

No podían ser de otro modo quienes, atentos

a la terrible situación del mundo, preocupados por el más importante de los problemas que aqueja a la humanidad, cual es el problema religioso, no quieren que, en el confusionismo actual, se hable como una de tantas doctrinas, del comunismo porque éste entraña en sí la desaparición, el descuaje de todo elemento religioso, han dado a la publicidad los artículos, que integran este folleto, lleno de jugosa doctrina, de clarísima visión de las realidades que nos rodean.

Son sacerdotes, sacerdotes españoles, algunos que se han incorporado a las tierras orientales desde su juventud primera, los que aquí hablan de la doctrina soviética. ¿Quiénes como los sacerdotes de España pueden hablar de lo que el comunismo es? A millares fueron sacrificados durante la dominación marxista los ministros de Dios. Los supervivientes de aquella enorme matanza tienen muy vivas, y aún queman sus pupilas las visiones del estrago espantable de aquellos días.

Los autores de estos trabajos son insignes per-

sonalidades de la intelectualidad eclesiástica. Tratan este asunto y hacen frente a esta propaganda con una competencia singular y desde luego con una enseñanza muy provechosa, para cuantos tengan un verdadero deseo de orientarse por caminos de verdad y sin agobios de fútiles propagandas, que por ser interesadas nada favorecen a la verdad, ni hacen obsequio a la rectitud.

Leánse, pues, estas páginas con amor, porque quienes las han escrito nada buscan en su empeño, sino, doblegar ante la verdad la falacia, ante la rectitud el engaño, ante la justicia el dolo.

Campañas de mentira abundan por doquier. Corren por los aires y por los papeles a millones, los innumerables remedos de una verdad tergiversada y enturbiada. Hora es de decir con justeza las verdades en su sentido tal.

Ante el registro oficial de sacerdotes y religiosos muertos en España, víctimas del odio a Cristo Nuestro Señor, sacrificados por el comunismo, otros sacerdotes elevan sus clamores y dicen con toda claridad dónde se encuentra el

peligro y en dónde está la trayectoria que debemos seguir.

Tremenda es la noticia que los periódicos publicaron hace pocos días: «Hasta 1936 fueron asesinados por los soviets cuarenta y dos mil sacerdotes ortodoxos.»

Y España puede añadir como el más claro mentís a la propaganda actual soviética: Desde 1936 a 1939, el comunismo asesinó a unos quince mil sacerdotes y religiosos españoles.

COMUNISMO Y CRISTIANISMO



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie



Président de l'Académie

Comunismo y Cristianismo

Por Antonio Lombardía Palacio (Canóni-
go penitenciario de la Catedral de Ovie-
do), Dr. en Teología.

¿Puede el comunismo conciliarse con el catoli-
cismo?

En la revista eclesiástica *Razón y Fe*, LX (1921), 290-307, se trató el tema «¿Puede el socialismo conciliarse con el catolicismo?» Lamentamos no tener a mano en estos momentos el número citado de aquella publicación, pues podría orientarnos en la breve exposición del tema que encabeza este artículo.

Quien desee conocer una copiosa bibliografía sobre aquel tema, la encontrará en la obra de

Dieckman «De regno Dei», cap. II, quastro 3. Estudiase allí punto tan interesante, evidenciándose, a la vista de los textos, que ni Cristo ni la primitiva Iglesia profesaron el comunismo; ni siquiera el puramente económico.

Francisco Olgiati, en su obra «El Divenire Sociale», lo trata también con notable competencia, citando amplia bibliografía. Se muestra ya entonces opuesto a la tendencia de algunos escritores católicos que manifestaron deseos de que la Iglesia y el socialismo procuraran venir a una mutua comprensión. La *Revista Internazionale di Scienze Sociali* (mayo 1920), hace indicaciones muy eruditas sobre estas orientaciones.

Por nuestra parte, modestamente, diremos que el socialismo tiene un alma: la concepción materialista de la historia, y un cuerpo: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción; por lo cual, jamás podrá haber verdadero acuerdo entre socialismo y catolicismo.

Si esto se quita a la doctrina socialista—decía Olgiati—, ¿qué queda?: «¿Cosa resta? Resta un bel merite, all'infuori d'un tentativo di concordismo di cattiva lega.»

Queda una nadería; un concordismo de minucias en puntos de menor cuantía.

Los socialistas inteligentes, como Turati, tenían cabal conocimiento de su satánica primogenitura.

Del asperso eclesiástico, ni el agua bendita. No quieren oír el *Exi at eo imunde spiritus et da locum Spiritui Santo Paradito*. Ni esto se entiende, burla burlando, sino con todas veras.

La cuestión que entonces se planteó con el socialismo, se puede aplicar, se está aplicando actualmente al comunismo. Roosevelt, Churchill y otros quieren bautizar el comunismo staliniano. Hasta quizá algún candoroso católico ha pensado en la posible conversión del ya catecúmeno comunista. Es un deber de todo buen católico dar la voz de alerta. Pues, ¿qué? ¿Tan pronto olvidan los que se precian de católicos que el Pontífice dice en su encíclica *Divini Redemptoris* sobre el comunismo ateo?: «Procurad, venerables hermanos, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana. Y si algunos, inducidos a error, cooperasen a la victoria del comunismo en sus países, serán los primeros en ser víctimas de su error; y cuanto las regiones donde el comunismo consiga penetrar más se distingan por la antigüedad y la grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará allí el odio de los «sin Dios».

«No odiar el mal y dirigirle proposiciones, es criminal»—dijo Hello—. Una sola proposición puede

hacérsele: la de que desaparezca. Todo arreglo con él convenido, parece, no ya su triunfo parcial, sino su triunfo completo, pues el mal no pide siempre ahuyentar el bien: pide permiso de «cohabitar» con él. Un instinto secreto le advierte de que, pidiendo algo, lo pide todo. Desde el punto en que no se le odia, se siente adorado.

Cuando se trata de hacer la paz, en espíritu y en verdad, es la conversión lo que se necesita, y no el acomodamiento. La Justicia es enteramente lo que es. Quien por el error transige, no conoce el amor en su plenitud y su fuerza soberana. Hay que casarse con las ideas y no amontonarse con ellas. La Verdad es una e indivisible. *Omnia sunt vera una prima veritate*. «Las cosas son verdaderas por una primera suma verdad», dice y demuestra Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* (1.^a-q., XVI, artículo VI).

Por eso no hay conciliación posible legítima con el comunismo de hoy, que niega el Dios personal, real, distinto del mundo y de su esencia, y despoja a la persona humana de sus derechos, de su dignidad.

«Esta doctrina—dice el Pontífice—enseña que no existe más que una sola realidad: la materia, con sus fuerzas ciegas, la cual, por evolución, llega a ser planta, animal, hombre. La misma sociedad humana no es más que una apariencia ni una forma

de la materia, que evoluciona del modo dicho y que, por ineluctable necesidad, tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. Es evidente que en semejante doctrina no hay lugar para la idea de Dios; no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre cuerpo y alma; ni sobrevive el alma a la muerte, ni, por consiguiente, puede haber esperanza alguna en una vida futura.»

El comunismo, como la araña del hermoso apólogo-parábola de Jorgensen, olvidándose del origen divino, no comprende la utilidad del hilo que guiaba a las alturas.

José Antonio, gran vidente, hermosamente dijo: «Levantad sobre una base material humana la existencia de nuestro pueblo, no es más que una parte de la gran tarea; porque también hay que unirle por arriba; hay que darle una fe colectiva; hay que volver a la primacía de lo espiritual. Somos antimarxistas porque nos horroriza esto de ser como un animal inferior, en un hormiguero. Y nos horroriza, porque sabemos algo de ello por el capitalismo. También el capitalismo absorbente es internacional y materialista.»

Tal es nuestra posición, que tiene como fundamento las enseñanzas de la razón y de la fe católica, incompatible con ese comunismo al cual quieren tender la mano ciertos plutócratas adora-

dores del becerro de oro, idólatras, sensualistas, que tal vez sienten el placer físico del contacto del metal en torpe amorío y regodeo lujuriente.

No podemos admitir que el derecho de propiedad, que no es solamente la facultad de usar de los bienes—lo cual es en cierta manera común a todos los seres animados—, sino también un dominio «permanente» que entraña el derecho de excluir a los demás del uso de la cosa, aunque actualmente no sirva a su dueño, sea en el estado actual de la naturaleza humana contrario a los fines de la vida legítima del ser humano; antes, por el contrario, es un medio moralmente necesario para el legítimo desarrollo de su vida, para su perfeccionamiento y consecución del fin propio. Y sirve, además, para el bien común de la paz y como estímulo de una mayor actividad, ya que cada uno debe comer del fruto de sus obras y procurar no ser gravoso a otros.

Sabemos, eso sí, que muchos doctores católicos opinaron que en el estado que llaman de naturaleza íntegra, si el primer hombre no hubiera pecado, las cosas serían comunes, en este punto, sobre el cual únicamente podemos hablar por conjeturas, por ser tan poco conocido, dice un moralista, nuestra opinión es ésta: «La perfección del hombre en aquel estado de integridad habría hecho desaparecer la necesidad y los abusos de la propiedad privada, por

consiguiente, la Naturaleza nada hubiera determinado en el régimen económico, y el derecho humano habría de decidir, según las circunstancias, si los bienes deberían poseerse en común o por separado.»

Compartimos también el parecer de los que dicen que la propiedad privada, por lo que toca a cierta clase de bienes, por ejemplo, las cosas muebles, que se destinan al servicio de la persona o de la casa, las cuales deben absolutamente apropiarse, si los hombres han de vivir en paz es de derecho natural, pero la división de otros bienes, especialmente de los inmuebles, es de derecho de gentes, de tal modo fundado en la Naturaleza, que, de no intervenir la voluntad contraria de los hombres, deriva su fuerza de la Naturaleza misma. El gran teólogo Vasquez hace derivar la división de los campos del derecho de gentes, que, en su sentir, es el derecho natural secundario, que no manda ni prohíbe, sino más bien permite. (In. 1. 2. d. 157, número 17.)

¿Podría llegarse por este camino a un acuerdo con la doctrina comunista? Tal como hoy se presenta, lo dudamos.

Pero, aunque en lo que denominamos cuerpo del comunismo, viniera, por una especie de restricciones o concesiones mutuas no imposibles, a ser posible un acuerdo, queda sin resolver el máximo gran

problema de las relaciones trascendentales del hombre, de su origen y su destino, de tipo ciertamente superior, pero que embeben también consecuencias decisivas de uso y valoración en lo económico. En esto no es posible acuerdo alguno con los comunistas y comunistoides de hogaño, que son los que privan.

La gran mentira del comunismo es la negación brutal, estúpida de Dios, y la idolatría social, que viene a ser la negación del hombre, que inmola al monstruo colectivo.

Hamlet dijo en su interesante monólogo: «Ser o no ser»; esta es la cuestión. «Dormir... Dormir... Acaso soñar...»; este es el punto difícil. ¿Sabemos los ensueños que pueden asaltarnos en este sueño de la muerte, después que hayamos sacudido la agitada vida mortal? Este pensamiento es el que hace tan larga la existencia del malvado. Pues, ¿quién soportará los azotes y desprecios del mundo, la injuria del opresor, la afrenta del orgulloso, las angustias del amor desdeñado, la lentitud de la ley, las insolencias de los que nos gobiernan, las burlas que el ignorante inflige al paciente mérito cuando bastaría un agudo estilete para proporcionarse la quietud y el reposo? ¿Quién se resignará a soportar el peso de una trabajosa existencia, si no terminase ese algo que hay después de la muerte; ese país desconocido de cuyos confines nadie ha

vuelto, que nos paraliza la voluntad y nos fuerza a soportar los males presentes, antes de que huir a otros desconocidos?... Las mismas empresas de gran energía e importancia pierden hasta el nombre de acción al meditar en estos problemas.

Piénsenlo detenidamente los incautos católicos que ahora tal vez se inclinan a una conformidad. ¡Incautos!

El comunismo es una idolatría, un panteísmo social, incompatible con las doctrinas del Catolicismo. No busca el venir de Dios y su justicia. Los hechos nos han demostrado que si Dios no edifica la ciudad, en vano trabajan los que aspiran, con sus menudas fuerzas, a edificarla. De este comunismo ateo, materialista, despótico, sin piedad, sin misericordia, podemos solamente decir: «Muertes, dolores, guerras, asolamientos, fieros males entre tus brazos cierras.» Y con esto, no puede mostrar su conformidad el Catolicismo, que aspira a la paz, al sosiego ordenado entre los hombres de buena voluntad, a dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation



President of
the Foundation

**LA VICTORIA DEL EJE CONTRIBUIRA PODERO-
SAMENTE A LA DESAPARICION DEL
CISMA ORIENTAL**



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines



President of
the University of the Philippines

La victoria del Eje contribuirá poderosamente a la desaparición del cisma oriental

*Por Eleuterio Platenes, Presbítero (Doc-
tor en Sagrada Escritura y Lenguas
Orientales).*

Hay un problema de índole religioso en Europa, que tiene capital importancia, no sólo desde este punto de vista espiritual, sino también relacionándolo con la vida política y aun social de los países en que está planteado. Es éste, el problema de los cismáticos orientales, que en el momento presente cobra extraordinario interés, por estar unido íntimamente al futuro de Europa, según quien sea el vencedor en esta contienda. Porque este cisma oriental cesará o continuará, aún más exacerbado, en la misma medida en que resulte vencedor el Eje o, por el contrario, Inglaterra y los países aliados.

El lector podrá juzgar esto, si tiene en cuenta la realidad de los países balcánicos en cuanto se refiere a su religión.

Conozco el problema en su misma entraña, por haberlo vivido constantemente en mis largas estancias y en mi vida toda, y ser, en mi humildad, uno de los que más se distinguen por el trabajo cotidiano en favor de la unión de los países cismáticos a Roma. Hablo de estos países en donde tan pocas cosas los separan de la Iglesia católica, y en los que la Religión arrastra una vida lánguida, desorganizada, triste y empobrecida. Países en los cuales, por su espíritu, la vitalidad religiosa había de ser muy floreciente y en los que apenas alienta el alma religiosa, como en otros tiempos de tanta gloria y grandezas espirituales.

Pero es que ha habido un elemento disgregador que fomentó siempre la separación de Roma de estos pueblos y que contribuyó con su dinero y con su propaganda a robustecer el estado negativo espiritual de las naciones balcánicas, impidiendo directa e indirectamente el acercamiento a la obediencia romana de todos los pueblos orientales. Este elemento disgregador, potente, organizado y robusto, ha sido siempre Inglaterra. Los ingleses han laborado grandemente por esparcir el protestantismo en los pueblos de Oriente, con sus folletos, con su propaganda y con el reparto de sus biblias, incul-

cando el libre examen. Procuraron, pues, debilitar en todas partes, sobre todo, los augustos dogmas y creencias católicas, que también conservan, y con gran cariño, los griegos y orientales, tales como la fe en la Santísima Virgen y en la Eucaristía. Merced a las propagandas protestantes inglesas, tales dogmas han venido cada vez a menos, debilitándose estas santas creencias. Por otra parte, los países orientales se encuentran en una inferioridad, tanto espiritual como material, respecto a los pueblos de Occidente, y a éste miran como un refugio y un anhelo. Inglaterra sabe esto, y, con su habitual astucia, se ofrece como redentora de los mismos, como orientadora, y, en lugar de aproximar a Roma a estos países, mezclando hábilmente la política con la religión, procura y procuró, no sólo distanciar, sino sembrar el odio contra Italia, expresión de romanismo y catolicidad. Su influencia preponderante se arma con su potencia en contra de los católicos. Han exacerbado la idea antiitaliana y presentan a los católicos, que hay en aquellos lugares, como aliados del Eje, favorecedores del italianismo, enemigo—dicen—de las libertades balcánicas.

Esta exacerbación contra Italia, aprovechada en contra del Catolicismo, ha hecho que alguno de los Gobiernos, como el de Atenas, dictara leyes y disposiciones atentatorias a la más elemental de las libertades que la Iglesia católica puede tener. Aun

de buena fe, los Gobiernos orientales, equivocados por la política inglesa, han dictado, en países como en Grecia, disposiciones brutales. Porque es de saber que la Iglesia ortodoxa se apoya en estos Gobiernos, que *compran* las dignidades eclesiásticas, las deponen a su antojo, intervienen directamente en el nombramiento de los más simples cargos y de las más altas jerarquías y, en fin, la Iglesia es un instrumento, que utilizan como medio de gobierno, para favorecer sus intereses temporales a los caprichos de un Jefe, de un Presidente o cualquier individuo gubernamental.

Casos de estas deposiciones se cuentan, y pudiera citar muchos y muy notables. Pues estos Gobiernos, que así utilizan la Iglesia, sin más consideración que la política, están manejados por Inglaterra, y repito que han dictado brutales leyes contra el Catolicismo. Entre otras, diré las siguientes: No se puede admitir conversión alguna al Catolicismo de ningún menor de edad; por lo tanto, cualquier sacerdote que lo intente será perseguido. Otra ley: No se puede, ni con dádivas, ni como favores, ni como beneficencia, admitir pensiones o colaboraciones económicas en favor de la Iglesia católica. Además, será castigado, por ser atentador de la conciencia, aquel que indujere a la conversión al Catolicismo, y hasta el propio *consejo* en este sen-

tido está prohibido, por juzgarse abuso de la ignorancia del presunto convertido.

Como quiera que sea, está siempre abierta la puerta para castigar cualquier propaganda o actividad en favor del Catolicismo. La Prensa no puede publicar ni noticias, ni informaciones que favorezcan la difusión de la Religión católica. Pero en donde más daña la legislación estatal, es en lo que se refiere al matrimonio, pues no se reconoce otro matrimonio legítimo que el de los ortodoxos cismáticos. Este crea tan agudos problemas, que la situación de los católicos es realmente angustiosa y triste.

¡Ah! Si algún día Italia puede allí imponer su influencia política, cesará esta situación inmediatamente. Todo hace que tiendan a mejorar estas cosas en tal caso, y que de una vez cese este cisma tan perjudicial, que, en un ambiente propicio, será reducido a la mínima expresión o desaparecería por completo. El alma de estos pueblos es muy religiosa y en cuanto la Iglesia católica pudiera desplegar su actividad, cosa segura en el caso del triunfo de Italia, inmediatamente volvería al seno de la Iglesia, con la más grande alegría que pudieran tener los países cristianos.

Se puede asegurar la conversión a millares, pues hay incluso un movimiento de la Jerarquía episcopal a favor de la unión con Roma.

En el Congreso celebrado en Cataferrata, la Jerar-

guía disidente mandó representantes, que fueron excelentemente tratados, y salieron muy complacidos de las reuniones. En todos estos países hay ahora un movimiento y tendencia muy favorable a la Iglesia romana y se están deshaciendo muchos falsos prejuicios.

Para terminar estas notas sobre la conveniencia del triunfo del Eje para el futuro espiritual y católico de los pueblos orientales, voy a citar un párrafo de una carta que hace pocos días recibí de un monje griego. Traduzco a la letra:

«Estoy segurísimo que la victoria del Eje ayudaría muchísimo las misiones católicas en todo Oriente y en todos los sitios donde llegase la influencia del Eje.»

LA PLAGA MALDITA DEL COMUNISMO



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République



Président de la
République

La plaga maldita del comunismo

Por D. José Manuel Vega y Díaz,
Presbítero.

Es extraño que aún a estas alturas se hable del comunismo como el mayor, el máximo peligro que organizadamente puede oponerse a la civilización cristiana. Es un signo de los tiempos que vivimos, la confusión, y por ello que se haya tomado en serio el hablar de una posible inteligencia entre las dos concepciones más amplias de la existencia humana: cristianismo y comunismo, casi huele a ridículo o malvado.

Siempre ocurre, cuando llegan estas tremendas catástrofes sociales, el barajar en la más espanta-

ble de las armonías, cosas tan antitéticas e inarmónicas.

Para un cristiano que se tenga por tal, la voz augusta del Pontífice debe ser la norma y la guía de su conducta, y el Papa ha hablado con máxima claridad. Y, tanto desde el estudio ideológico espiritual, como del estudio económicosocial, ha derivado consecuencias contundentes sobre la falsedad del comunismo, como opuesta que es esta doctrina a las ideas cristianas.

Por lo tanto, cesen ya y para siempre esas burdas propagandas, que comienzan por decir que el comunismo ya no se ocupa del problema religioso, el cual les es indiferente; cesen ya esas propagandas que dicen que el comunismo puede llegar a una armonía con la Iglesia.

¡Falso totalmente es esto!

El comunismo marxista, el que tiene como órgano ejecutivo de sus planes el Estado Soviético, el que implantado en la U. R. S. S. se extiende por todo el mundo con una perfecta organización, es esencialmente ateo, por más que por conveniencias del momento y por un matiz circunstancial de propaganda se quiera hacer ver que se le han arrancado las uñas y se han hecho romos sus colmillos.

Esto no es más que otro medio diabólico de la propaganda soviética, medio tan satánicamente excitado, que al más lerdo se le ocurre añagaza del demonio para enredar aún más la enmarañada madeja de los pueblos europeos, sujetos a la desdicha de una terrible confusión.

Si por un momento las fuertes y duras espaldas de Alemania se doblasen por el inmenso peso que hay puesto sobre ellas, ya se vería de un modo práctico y experimental hasta dónde era verdad ese pudibundo respeto a la Religión, respeto que parece nació ahora por generación espontánea. Se vería cómo a cientos y cientos eran inmoladas con asiáticos refinamientos las vidas todas de religiosos y sacerdotes; subir al cielo en fatídicas hogueras las nubes de humo de las iglesias y de los templos de toda Europa.

No cabe en la cabeza pensar cómo Rusia tiene el apoyo de nadie, siendo como es un monstruo; lo que sí es cierto es que se está jugando con fuego, y una llama puede, en un momento, prender fuego a todo Europa y al mundo entero.

Los sacerdotes pedimos al Señor por la Humanidad doliente, que padece y sufre con alaridos terribles, y rogamos por la Iglesia, amenazada muy de veras por las hordas soviéticas.

¡Ojalá que los ejércitos del Eje y sus aliados venzan y hagan desaparecer esta plaga maldita, que ha roído la existencia de la Humanidad en sus mismas entrañas! ¡Ojalá que este esfuerzo gigantesco de la Europa combatiente se vea coronado por el triunfo más completo, si ello ha de ser para bien de la Santa Iglesia y de la Religión católica, de la que soy indigno ministro!

**EL ESTADO SOVIETICO CONSERVA Y AUMENTA
SU FUERZA ANTIRRELIGIOSA**



El Estado Soviético conserva y aumenta su fuerza antirreligiosa

Por José Cuesta Fernández (Doctor en Sagrada Teología, de la Real Academia de la Historia y Arcipreste de la Catedral de Oviedo).

La presencia de la Rusia bolchevista en uno de los bandos actualmente beligerantes, ha dado a la guerra un sentido, una significación que no puede pasar indiferente para un pensador cristiano.

Mientras se trató de la disputa por la posesión de lo que ha dado en llamarse «espacios vitales», zonas de influencia, etc., etc., era admisible que el problema no llegara a interesar mucho o que las opiniones se decidieran a favor de la simpatía o antipatía hacia esta o aquella nación, o grupo de naciones. Aun más; mientras se mantuvo la dis-

cusión en el terreno de ideologías políticas o políticosociales, v. gr.: democracias, totalitarismos, etcétera, era posible comprender la existencia y razón de los diversos juicios y opiniones.

Pero todo eso carece ahora, en absoluto, de significación ante el hecho incontrastable de que el comunismo («la nefanda doctrina del llamado comunismo, tan contraria al derecho natural» (Pío XI); «la mortal pestilencia que se infiltra por las articulaciones más íntimas de la sociedad humana y los pone en peligro de muerte») (León XIII), armado hasta los dientes, interviene en el conflicto con el apoyo y alianza de algunas naciones de la tierra.

A primera vista parece un contrasentido esta alianza. No parece que exista un motivo sentimental, ni ideología noble que justifique semejante unión. La antinomia es completa, categórica.

Ellas son liberales, democráticas; el bolchevismo, antiliberal, antidemocrático. Ellas, propugnan la libertad; el bolchevismo la niega, no sólo la individual, sino también la colectiva. Ellos dicen que luchan contra el despotismo; el bolchevismo es el régimen más fieramente despótico que apareció en el mundo. Ellos afirman luchar por la conservación de la civilización cristiana; el bolchevismo es sin Dios y contra Dios.

¡Sin Dios! Hemos tocado el punto fundamental que que obliga a todo espíritu sinceramente cris-

tiano a alzarse en son de santa cruzada contra la doctrina diabólica que esparce su envenenado hálito por todo el mundo.

Ningún católico puede engañarse a este respecto, sobre todo desde que los Soberanos Pontífices, en especial Pío XI, en su encíclica *Divini Redemptoris*, le analizó, expuso sus fines, sus medios de propaganda, sus terribles consecuencias por todo el mundo y para la familia y la sociedad. No hay sino leerla. Donde está el bolchevismo está el mal. Donde él actúa, actúan los poderes infernales.

Una propaganda mendaz viene en estos últimos meses empeñada en mostrar una faz sonriente, amable, simpática del bolchevismo. Se nos dice que Stalin no tiene la menor intención de mezclarse en los asuntos de otros países, «que ha restablecido en Rusia la libertad de conciencia, restaurando el culto religioso, y que las naciones nada pueden temer a este respecto de los hombres de Moscú». Es decir, se nos quiere convencer de que el comunismo ya no es comunismo y que Rusia, la roja Rusia, ya no es la sede de la «dictadura del proletariado» (la más temible de todas las dictaduras, como hemos visto por tristísima experiencia), sino la futura tierra de expansión católica; y hasta hombres de la altura de Sir Stafford Crips, afirman muy tranquilos que es imposible trasplantar un sistema y método como éste de un país a otro. ¡Error, extraño

error! Desdichados de los pueblos que se dejan adormecer con estos cantos de sirena; desdichados porque no tardarán en ver cuál es la horrible realidad de su despertar.

Nosotros los españoles católicos lo sabemos muy bien, por desgracia; y quizá por fortuna. Por desgracia, ya que hemos pasado por el tremendo trance de ver pisoteadas nuestras más caras tradiciones, deshechos nuestros hogares, perdidas las más elementales libertades, perseguida con saña del averno nuestra Santa Religión, asesinados nuestros sacerdotes, destrozados e incendiados nuestros templos e imágenes sólo por eso, por ser templos de Dios; martirizados hombres y mujeres de todas las clases sociales por no ocultar sus creencias y su fe. Sí, lo hemos visto, lo hemos sufrido y creíamos ser víctimas de una horrible pesadilla. Jamás habíamos imaginado tal barbarie infrahumante. Aunque nos lo hubieran jurado solemnemente, jamás hubiéramos creído en la extraña profundidad, rocosos odios de la fiera apocalíptica bolchevista que se agazapaba entre nosotros (¡ay, y se agazapa!) esperando dar el zarpazo de muerte.

La revolución marxista del 34 nos dió la primera luz siniestra de sus planes. En el 36, cuando adviene la Cruzada salvadora, pone espanto en el ánimo más templado conocer con detalle, con exactitud, los pa-

decimientos de los míseros que gimieron bajo la dominación rojobolchevista.

Y lo que sucedió entre nosotros fué lo mismo que sucedió a otras naciones que pasaron también por esa vergüenza del contagio marxista.

Sería, pues, insensato alimentar ilusiones respecto a este particular. Una victoria bolchevique conduciría a la destrucción más o menos rápida de la civilización cristiana. El mayor delito para los bolcheviques es creer en el Redentor.



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines



President of the University of the Philippines

MAS QUE UTOPIA, ABERRACION



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España

Más que utopía, aberración

Por D. F. Escolar y García, Presbítero.

Prescindimos de enjuiciar el comunismo como partido y, por ende, como trampolín que, en el turnarse de los partidos, da acceso al poder y a las arcas del tesoro. Criticarlo en ese aspecto sería ridículo. La armonía de las opiniones sería imposible. Porque desde ese punto de vista siempre el régimen comunista sería bueno para quienes, al socaire del mismo, habrían de trepar por el frondoso árbol de los presupuestos del Estado, y malo, naturalmente, para quienes habrían de ver desconectado su cordón umbilical.

Deseamos enfocar el comunismo más objetiva, más serenamente, trazando con cuatro pinceladas su posible o imposible concordancia con las exigencias humanas. Por donde adivinará el lector que queremos ir al fondo mismo de la cuestión de si el comunismo, como régimen, es o no es posible; es, o no es una utopía.

* * *

El hecho de que Jesucristo haya vivido en comunidad con sus Apóstoles, y el de que los primeros cristianos, poniendo sus bienes a los pies de San Pedro, se contentasen con el «ágape» paterno, donde, al principio todos comían del mismo pan; el hecho de que las Repúblicas mejor organizadas sean las comunidades religiosas, donde todo es de todos y nada de nadie; el hecho de que todos los hombres, al nacer, traen inherente a su naturaleza el mismo imprescriptible derecho a la vida y a los bienes que Dios ha colocado sobre la tierra (así como no discutimos a nadie el derecho a respirar ni a beber agua, tampoco debiéramos discutirle el vivir los dos tercios del día para la placidez de la existencia, ni la discreta abundancia que nos librase de hondos pesimismo); el hecho, en fin, de que todos somos hermanos en el sentido más exacto y más cristiano de la palabra, abonan, a primera vista,

la legitimidad de un régimen que tienda a lograr la felicidad de los ciudadanos, por la equitativa distribución de los bienes de la tierra.

Movido indudablemente, si no por todas, por varias de las consideraciones procedentes, y por otras que calaría el profundo pensamiento del gran filósofo ateniense, Platón afirmó en la «República» su convicción comunista, manifestando en el referido diálogo el genio de este filósofo que no debían ser comunes solamente los bienes, sino también las mujeres.

Al producirse, después de la austeridad del medievo, la reacción clásica pagana, influidos acaso por esta concepción platónica del Estado, Tomás Campanella, en Italia, y Tomás Moore, en la rubia Albión, preconizaron un régimen político en el que se distribuyesen, a partes iguales, los trabajos y los bienes.

Las doctrinas que, en la época a que nos referimos fueron puro teorizar, se han recibido en nuestros tiempos con aplausos clamorosos, y ya no solamente son defendidas por la pluma y por la palabra, sino que han cristalizado en la realidad. El utilitarismo moderno, la Filosofía en la acción, tienen ya un punto de referencia para enjuiciar la verdad o el error de tales teorías.

Seguimos nuestro «raid» por la Historia. Hemos presentado el anverso del sistema en los principales

momentos de la civilización. La ley de compensación nos obliga a presentar el reverso.

No fué Aristóteles, ni ninguno de los discípulos de Platón quienes desacreditaron el comunismo del genial filósofo. El propio Platón, en su tratado «Las Leyes», elaborado, sin duda, después de maduras reflexiones sobre el principio que Sócrates adoptó como norma de vida, arrancándole del frontispicio del templo de Delfos, «conócete a ti mismo»; el propio Platón, repetimos, reaccionó violentamente contra sus teorías comunistas, dando en «Las Leyes» amplias pruebas de la necesidad de la propiedad privada.

Y si Tomás Campanella, o si Tomás Moore y otros diletantes del clasicismo pagano sonrieron en un día de alta poesía a las venturas de una idílica «Ciudad del Sol», o de una plácida «Utopía», el mismo nombre con que ellos bautizaron sus sueños paradisiacos revelaba en los propios autores el escepticismo de que pudiese ser verdad tanta belleza (!)

Y es que aquellos filósofos del Renacimiento, por mucho lastre de paganismo que adquiriesen en sus inquietas búsquedas de la belleza clásica, tenían sobre sí el peso de unos cuantos siglos de honda vida cristiana, uno de cuyos basamentos es el dogma de la caída original, por la que la naturaleza humana quedó herida o debilitada e inclinada al mal, y que

en el diario vaivén de la vida no puede por menos de rebasar el justo medio de la virtud, y caer, por tanto, en el vicio, bien por exceso, bien por defecto.

La experiencia de un Estado comunista moderno, que practicó la utopía durante más de dos decenas de años, en donde apenas un progreso material se ha iniciado; donde la espiritualidad, que es el patrimonio más valioso del hombre, ha sufrido un eclipse; donde la pobreza y, por ende, la esclavitud no ha desaparecido; donde las diferencias sociales perviven; donde la libertad ortodoxamente entendida, patrimonio el más augusto del hombre, es un recuerdo histórico; donde las artes, las ciencias, las manifestaciones del espíritu humano han sufrido una depresión lamentable; donde, si hay ciudadanos satisfechos (prescindiendo de los virtuosos de la política), es debido a que *ignoti nulla cupido*, la experiencia, decimos, de un tal Estado, es suficiente para que también hoy se considere el comunismo como una utopía solamente cristalizable en un estado de hombres redivivos y curados de la primera caída.

Por eso es ejemplo de comunismo—moderno, antiguo y medio—el de las Ordenes religiosas, porque en ellas el individuo se considera oficialmente, teóricamente libre de las gabelas de la soberbia, de la ambición, del afán de poseer, del deseo de placer, pues aunque en el fondo del monje haya reminis-

cencias de esas lacras, la virtud, no obstante, y la Regla, las consideran fuera de la ley. Si algún día los hombres no fuesen capaces de soberbia, ni de la ambición, ni de afán de poseer, ni idólatras del «pasarle bien», ni de tantos inconfesables estímulos, para cuya satisfacción fué preciso convertir en principio de derecho el del más fuerte, o en razón primordial la de la fuerza; si algún día el lubricante de los Estados y del comercio de los individuos fuera el *diligite ad invicem*, de Jesucristo, el único verdadero Redentor, no dudaríamos en dar por bueno el régimen utópico del comunismo.

Pero mientras éste fustigué a fondo las ideas cristianas y sea por ello el antípoda del amor; mientras el comunismo vaya informado por el odio; mientras tienda a destruir lo espiritual y a divinizar la materia; mientras, en una palabra, sea la vanguardia del materialismo y agote hasta las raíces los valores espirituales que sitúan al hombre en la esfera jerárquica que en el orden de los seres le corresponde, el comunismo estará en auténtica contrariedad con las exigencias de la naturaleza humana. Y nada que sea *contra naturam* puede ser duradero. En este sentido el comunismo no solamente es una utopía, sino una aberración.





0101-3708

AHB

Fdo. doc. Region
D.X. / *propietario*